

LA ESTRATEGIA TERRORISMO-GUERRA ES LA RESPUESTA ANTIOPRERA DE LA BURGUESÍA A LA CRISIS ECONÓMICA MUNDIAL

La ideología dominante, es notorio, es la de la clase dominante, que utiliza cualquier medio y circunstancia para reforzarla, con el fin de defender mejor el propio dominio y las bases materiales que lo sustentan: el impacto mediático de los atentados del 11 de septiembre en Washington y Nueva York le ha servido a todos los Estados burgueses de Oriente y de Occidente para volver a arrojar hasta el fondo del pantano las contradicciones que se venían manifestando de varios modos, pero que, en última instancia, pueden volver a resurgir por la persistente cronicidad de la crisis. Una crisis que ya comienza a crear problemas de control social, sobre todo en las áreas menos desarrolladas pero más ricas en materias primas, necesarias para la plétórica máquina industrial capitalista. El impacto paralizante y atontador de los actos de terrorismo (y sus correspondientes "respuestas militares"), que las clases medias explotan con gran habilidad, deberían hacernos reflexionar.

Es un dato conocido e importante, por ejemplo, que en las semanas precedentes al atentado, la atmósfera general en los Estados Unidos estaba profundamente impregnada en la marcha, cada vez más negativa, de la economía. Lo recuerda, por ejemplo, el "St. Louis Post-Dispatch", con un artículo publicado 4 días después del atentado: "La producción industrial estadounidense está en caída libre desde hace once meses". O el "New York Times Magazine", en un largo artículo, publicado también tras el atentado, en el que se argumentaba, con amplia aportación de datos, que "incluso antes del ataque nuestra situación económica se presentaba insólitamente precaria" (y se mostraba como si las directas y reales consecuencias de los atentados sobre la economía de EEUU en verdad fuesen relativas). O desplazándonos a un frente totalmente opuesto- lo demostrábamos abundantemente nosotros, y no desde ayer: por ejemplo, en el artículo "Curso del capitalismo: USA", publicado en estas mismas páginas, en el n.º 9 de nuestra revista en inglés, "Internationalist Papers"), dedicado a un atento análisis de la crisis estadounidense. Es un hecho, en suma, que numerosos sectores básicos de la economía USA (desde el siderúrgico al tecnológico, desde las infraestructuras a la industria automovilística) estaban desde hacía tiempo tambaleantes, si no ya directamente en crisis. También la situación de las compañías aéreas se presentaba mucho antes del 11 de septiembre- precaria y caracterizada por una avalancha de despidos y fusiones (y que se trataba de un fenómeno no sólo estadounidense está demostrado por la quiebra nada menos que de la compañía de bandera suiza, la *Swiss Air*, auténtico clavel en la solapa del país de las finanzas por excelencia). La ilusión del final de los ciclos económicos y de aumentos ilimitados de productividad debidos al irrumpir de la *new economy* saltaba en pedazos con el estallido de la burbuja especulativa en la primavera del año 2000, haciendo evidente la precaria estabilidad de la economía mundial. Su desarrollo más reciente se había fundado en la sobreespeculación y en el crecimiento drogado de la "locomotora" americana cuyo combustible había sido el

endeudamiento de empresas y familias para financiar inversiones y consumos de lujo.

A nivel americano y mundial, estaba y está en curso, en suma, un proceso complejo de reorganización económica (reestructuraciones, fusiones, despidos, etc.), tendente a sostener el peso cada vez mayor de una crisis que ahora ya se está desplegando en toda su dramática magnitud, aunque todavía no haya alcanzado el límite del hundimiento y de la catástrofe. En este contexto, es donde se sitúan las medidas de intervención estatal, habiéndose intensificado en proporción y extensión en los últimos meses (como escárnio de toda la retórica sobre el neoliberalismo y, en un frente sólo aparentemente opuesto, de todos los gimoteadores de la antiglobalización sobre la necesidad de reglamentar algunos excesos liberalizadores). Y en el mismo contexto se sitúan sobre todo la estrategia de reposicionamiento estratégico-militar, sobre el tablero desde hace ya una decena de años, desde la época de la guerra del Golfo, que tiene como objetivo el control de las fuentes de energía y de sus vías de transporte, en un área que va desde el África Subsahariana a Asia Central: área en la que los aspectos interimperialistas, planteados cada vez más agudamente por la crisis económica, chocan ya abierta e irresistiblemente en la tentativa de volver a diseñar un mapa político-militar de áreas muy preciadas tanto en el subsuelo (yacimientos petrolíferos, materias primas de varios géneros, el mismo agua, etc.), cuanto en la superficie (la red hídrica, los gasoductos, los oleoductos). Como mostrábamos en el editorial del pasado número, la enésima intervención militar en este área, por muy chabacanamente que este camuflada como "guerra contra el terrorismo", es la confirmación del estado de crisis y necesidad en la que versan todas las economías y, en particular, la americana, hasta ahora la más potente y todavía en condiciones de descargar sobre los otros -comercial, política y militarmente- el peso y los efectos de la crisis. Pero estas confirmaciones van más lejos.

No puede haber duda, por ejemplo, sobre el carácter abiertamente antiproletario de la tenaza terrorismo-guerra. De hecho, no sólo el atentado contra las Torres Gemelas de Nueva York ha hecho estragos con un número impreciso de trabajadores, muchos de ellos clandestinos o en el trabajo negro, y, por tanto, inexistentes para las estadísticas oficiales, por el miedo de las familias a presentarse públicamente declarando la desaparición (trabajadores de limpieza, mantenimiento, calefacción, ordenanzas, camareros, cocineras, mecánicos, electricistas, fontaneros, hombres y mujeres para todo, etc.). No sólo ha producido una subida en las cifras de paro de la ciudad de algunas decenas de miles de unidades (y aquí no se trata solo de agentes de bolsa o de jóvenes brokers trepas, sino de los mismos compañeros de los trabajadores recordados más arriba). Sino que ha transformado en "héroes nacionales" a trabajadores como los bomberos y -más recientemente, con la oleada de "cartas con ántrax" - a los empleados de correos que en época reciente habían sido afectados por un ataque masivo contra las propias

condiciones de trabajo dirigido por esos mismos organismos que hoy los ensalzan como ejemplo patriótico en el altar de una solidaridad nacional e interclasista interesada.

Se trata de una operación ideológica característica de la "democracia blindada" -o sea, de aquél régimen que, encubriéndose exteriormente con las formas democráticas, en realidad ha heredado de los regímenes derrotados en la II Guerra mundial la sustancia fascista, centralizadora y totalitaria en economía como en ideología. El desencadenado patriotismo que hemos visto brotar en estas semanas, de esta y de aquella parte del Océano Atlántico, tiene exactamente esta finalidad: por una parte, golpear fuertemente a la clase trabajadora mundial, alimentando en ella espanto, miedo, sentido de incertidumbre, parálisis y; por otra parte, proyectarla en sus segmentos nacionales, en una dimensión patriótica. Transformar bomberos y empleados de correos en "héroes nacionales" significa borrar, una vez más, las líneas divisorias entre las clases, ahogar en una repugnante melaza chovinista el dato innegable de que estos trabajadores son víctimas de contrastes y conflictos, todos ellos internos, propios del capitalismo, anestesiar cualquier tentación de rabia e indignación que pudiese tomar direcciones antagonistas contra el *statu quo*.

A la imagencilla de las barras y estrellas de los "héroes nacionales", los compañeros de los bomberos y de los empleados de correos muertos en estas semanas deberán (el camino será indudablemente largo y difícil: y también en esto se hace sentir la necesidad del partido comunista internacional) sustituir el vivo y palpitante recuerdo de compañeros de trabajo caídos como víctimas de una guerra que no es la suya, de la enésima masacre en una guerra no declarada que se mantiene desde que vive y prospera (y destruye) aquel vampiro económico y social, político y militar, que es el capital.

Ahora bien, esta construcción ideológica invade en todas partes el organigrama de las burguesías mundiales. Al carácter declaradamente antiproletario de la acción imperialista (en guerra y en paz, que no son más que guerras y paces imperialistas), efectivamente, son dirigidas de nuevo tanto las proclamaciones oficiales según las cuales la intervención militar tendría la finalidad de derrotar al terrorismo internacional, como al enmascaramiento al que recurren (desde todas las partes) de este conflicto bajo el ropaje de un "choque entre civilizaciones" o "entre religiones", alimentando así, entre los proletarios, el reflujo místico-religioso, el fanatismo irracional de la fe que les aleja (siempre les ha alejado, a cristianos o musulmanes, budistas o hinduistas, etc., etc.) de toda perspectiva clasista. A esto han contribuido las proclamaciones oficiales de ambos frentes, a menudo fotocopias las unas de las otras: "Dios está con nosotros", "Debemos combatir el mal", "Quien no se alinea con nosotros es un aliado del enemigo", etc. Toda burguesía debe siempre propagar un intento moral y desinteresado para implicar a toda la población en una movilización y en un encuadramiento cuya extensión es base y retaguardia indispensable para la propia política de potencia. Por otra parte, las recientes medidas adoptadas por el gobierno de Bush para "atacar al terrorismo" (liberalización del control de los teléfonos y de Internet, un control

mas severo de la inmigración clandestina, derecho a mantener encarcelados a los sospechosos indefinidamente, etc.: medidas que todas las burguesías del mundo se apresuran a imitar) van dirigidas exactamente en el sentido del "blindaje de la democracia" que nosotros venimos afirmando que es una característica de esta segunda posguerra, unidas a las correspondientes medidas de centralización de la economía. La tan propagada Libertad del mejor de los mundos posibles, también así, puede ser sacrificada "por una causa justa", como también la cada vez mas desplumada paloma de la Paz.

Este "blindaje" se manifiesta también de otros modos. La atmósfera de psicosis colectiva y el esfuerzo bélico son defendidos en todos los campos y, sobre todo, en aquellos que mas profundamente contribuyen a modelar la tan alabada "opinión pública". Así, hace algunas semanas Hollywood ha vuelto a ser llamada al orden porque lanzo productos que no eran ni siquiera lejanamente "equivocos" y el mundo de la información (periódicos y *networks* televisivos) ha recibido instrucciones precisas, una especie de "decálogo" de lo que se puede y, sobre todo, no se puede decir -un decálogo que ha escandalizado rápidamente a las bellas almas, pero que para nosotros es una demostración ulterior de la *fascistización* que está en marcha desde hace tiempo y ahora es cuando más se acelera. Dígase lo mismo de la *militarización de la vida social* que, con el pretexto de las medidas antiterrorismo, produce y difunde otras oleadas de angustia y una evidente dificultad de la vivencia cotidiana. Esta claro que tales "blindajes" no tienen como objetivo "la captura y eliminación de los terroristas" (patraña en la que sólo algunos perfectos imbéciles pueden creer), aptas para arraigar en la sociedad; en previsión de aquellos tiempos de tensión social que la burguesía internacional (experta, por siglos de dominio, de crisis y de revueltas), presiente acercarse incluso cuando esos momentos de tensión social estén aún lejanos.

Del mismo modo, la regurgitación de "antiimperialismo de maneras", de "antiamericanismo" y "tercermundismo" desquiciado al que asistimos en estas semanas (con su corolario igualmente canallesco de "filo-americanismo" servil, con paquidermos de diverso tonelaje y naturaleza truncada con barras y estrellas) no hace más que desviar de la perspectiva de clase, rechazando hacia atras a un proletariado internacional disperso, dividido, paralizado, sobre posiciones retrogradadas y más o menos abiertamente nacionalistas, sino directamente de apoyo a este o aquél fundamentalismo ideológico o religioso enmascarado de "antiimperialismo" (y expresión de burguesías nacionales rampantes) que explota y manipula la desesperación de enormes masas hambrientas. Es decir, preparando al proletariado de todos los países para una nueva masacre mundial, en nombre de "pequeñas patrias", de intereses locales o "de area", de fustas y bastardas mitologías irracionalistas.

Afirmamos que esta es una guerra por el control de las fuentes de energía y para asegurarse mejores posiciones en el reparto mundial del que el capitalismo mundial ya siente la necesidad, por eso, en ultimo análisis, para dividir y desorientar y, luego, clavar de nuevo al proletariado mundial. La carrera de la que diversos Estados imperialistas han hecho gala para unirse a

la Santa Alianza angloamericana contra el terrorismo, más que expresión de la reencontrada unanimidad, es el indicador más explícito de como ve cada uno el "futuro" del propio interés nacional y la salvaguardia de la propia cuota en el reparto del plusvalor mundial.

También Stenterelo ha partido, una vez más (y con las propias distinciones) acompañado por la retórica interesada de una "bandera nacional para cada familia", con espectaculares manifestaciones de "solidaridad" con los USA organizados por la camarilla burguesa gobernante y con "saludos" para los contingentes que parten desde Taranto, admirados por la camarilla burguesa de oposición, mientras la retórica del pacifismo impotente y corruptor vuelve a hacerse oír en las calles, "alternativas" donde se están adiestrando los socialchovinistas de mañana. Todos unidos, pues, para presentarse a la histórica cita.

"No basta, pues, con ofrecer brillantes análisis de las razones por las que esta guerra era y es inevitable: análisis importantes, sí, pero no suficientes. Es necesario tener la osadía de afirmar que el capital ha estado en guerra desde el final de la Segunda Guerra Mundial y que siempre lo estará, porque también la cotidiana extorsión de plusvalía es una guerra no declarada con sus feroces destrucciones de seres humanos.

"Es necesario tener la osadía de afirmar que esta guerra es una guerra para la salvación del mismo capital, para la destrucción del proletariado como fuerza histórica antagónica y por su transformación de obediente máquina de producción de plusvalía hoy, en carne de matadero mañana, cuando las necesidades de un ulterior conflicto mundial se afirmarán de modo irresistible.

"Es necesario, sobre todo, tener la osadía de afirmar que la única perspectiva hacia la cual nos debemos dirigir para oponernos a la guerra del capital es la de ayudar a formarse las condiciones de agitación del derrotismo revolucionario a partir de la lucha incesante contra la acción de la propia burguesía, tanto en paz como en guerra. Que significa negar toda legitimidad a la retórica y a la práctica de la Unión Sagrada, darse cuenta de la necesidad de romper cualquier alianza con las propias burguesías nacionales rechazando todo llamamiento ejercido en nombre de las exigencias supremas del país, de la economía nacional, de la

patria y, por tanto, la necesidad para la clase proletaria de golpear al poder burgués en el punto vital, allí donde se produce plusvalía, volviendo a defender de modo coherente, continuo e intransigente, las propias condiciones salariales y normativas, no dejando de perseguir los propios objetivos de defensa económica que la burguesía tratará inevitablemente de sacrificar en nombre de las exigencias de financiación de la aventura militar".

"El proletariado de cada país, como es natural, deber acabar primero con su propia burguesía", afirma el *Manifiesto del Partido Comunista* de 1848. Hace falta que la clase proletaria mundial vuelva a colocar en el centro de la propia acción aquel texto y aquel programa, que muestran toda su actualidad y necesidad.

Es necesario romper toda complicidad con la nación, con la patria, con los "supremos intereses del país", y con todos aquellos (políticos, curas, policías y periodistas) que los defienden presentando la falsa ilusión de la esperanza de mejoras internas en el sistema, de ajustes y reformas, de piezas y remiendos en un sistema que ya sólo se ha convertido en destructivo y dilapidador para la Especie humana.

Hace falta volver a empezar a luchar por aquellos que son nuestros intereses, de vida y de supervivencia, no como individuos (porque entonces estaremos perdidos de nuevo), sino como clase, como clase ahora ya mundial.

Es necesario volver a invocar la vía de un internacionalismo no moralista y lloricon, sino verdadero grito de batalla de masas explotadas (que el capital mismo, en su dinámica hasta la actual fase imperialista, ya ha unificado y hecho un único ejército cuyo objetivo es pelear por el dominio político para la burguesía mundial), para derrocar a la burguesía y preparar un modo de producción que tiene como finalidad el efectivo desarrollo de la especie y de la Sociedad Humana.

Esta es la perspectiva, no importa lo ardua y lejana que pueda presentarse hoy, para la que trabaja el Partido Comunista, en una actividad contra corriente que debe servir desde ahora para preparar las condiciones con el fin de que el proletariado pueda salir victorioso del choque, que históricamente, estará obligado a trabar mañana con la clase enemiga en cualquier latitud y con cualquier ropaje con el que esta se presente.

LEE, DIFUNDE Y APOYA ECONÓMICAMENTE A LA PRENSA DEL PARTIDO:

- EL COMUNISTA**
- IL PROGRAMMA COMUNISTA**
- INTERNATIONALIST PAPERS**